
María Zambrano

El horizonte y la destrucción

Diálogos. Artes / Letras / Ciencias humanas. Revista bimestral, vol. 11, 4, julio-agosto 1975.

Si hubiera de elegirse una entre todas las acciones propias del filosofar, del pensamiento en su máxima pureza y universalidad, sería sin duda la de la destrucción. Una destrucción que solamente el pensamiento en su pureza puede operar. Y por ello es paradójicamente una acción poética; que la destrucción sea al par y en un acto único creadora, es la antinomia que se nos muestra. ¿Qué sería una antinomia? Por lo pronto resulta ser la solución de una «aporía», de una imposibilidad que el vivir humano encuentra cerrándole el paso, ante todo del respirar y el ver, y conjuntamente de la donación de la palabra. La palabra indispensable que opera sobre la realidad que circunda al hombre, la más que humana, humanizadora palabra-pensamiento, pues.

Recordemos. Dice Aristóteles en su llamada metafísica que cuando Tales comenzó a pensar como filósofo, «el mundo estaba lleno de dioses», «lleno de almas», también. En la coyuntura del pensamiento que todavía sigue siendo inmediata, Descartes encuentra que está «lleno de ideas». Y, más próximo todavía, Ortega y Gasset diagnostica como amenaza destructora «el lleno» de la masa; de lo amorfo, decimos, que domina la arquitectura, los modos de vida, y que impera sobre esas gentes lanzadas por una especie de diástole de algún centro vital no identificado, del lugar donde vivían cualificadamente, a la soledad inimaginable, o a la vida en conglomerados sin centro alguno a simple repetición de habitáculos en la extensión.

Paralelamente, en los ánimos –¿podríamos decir ahora en «el interior del hombre»?– proliferan los saberes. Todo ha de tener una razón, y el *¿por qué?* surge innumerable, exigiendo inmediata respuesta. Y la pregunta suele ser [de tal manera] que no deja en suspenso el tiempo y que no abre el hueco donde la palabra clave puede surgir.

A todo ello le falta el lugar que lo contenga, y falta así para el hombre entero. La «remoción» de los contenidos de la subconsciencia y de la inconsciencia se impone, ya que la consciencia no los puede contener. ¿A dónde irían a parar los sueños, si se les dejara en su libre curso? Hay que darles alcance, aun sabiendo que se llevan mucho de lo que rebosa, que van en procesión entre exiliados y peregrinos. Piadosamente se sub-cree que los sueños no tienen a donde ir, que ellos tampoco tienen patria, como el hombre mismo

que ha de abandonar la suya porque en ella no cabe, sin ir guiado por una patria prometida. ¿Sucede quizá que se encuentre en vías de desaparición el horizonte? Sería la última de las miserias para este hombre occidental. ¿Hubo, hay horizonte, en las tradiciones orientales, comprendida la bíblica, toda ella movida por la esperanza de una patria prometida, habida y perdida? En la China de antes, el firmamento lo era todo. A lo que nos parece, sólo el antiguo Egipto tuvo entre sus grandes dioses a Horus, Señor del Horizonte. Mas en este Occidente, el horizonte no tiene ningún dios propio, está adjudicado al pensamiento.

Es el horizonte la primera aparición del pensamiento, su constancia o fe de vida, su presencia. Confín que no aprisiona, continente que no es cerco. El horizonte se trasciende, y atrae todo a trascenderse. A todo, pues que por él, a causa de su insólita acción, todas las cosas son efectivamente *todas* y no cada una de por sí. Mas, para que sean cada una de por sí y aun en sí, han de darse en un horizonte. Y las cosas, los seres que son en sí, por sí, tienen su horizonte propio y por él se destacan. Ofrecen, al par que ése su ser en sí, su impar horizonte.

El horizonte común manifiesta la inmensidad del mundo; la trae aquí. Y es así la limitación de lo ilimitado, la forma pura e inmediata. Promesa que se cumple al par que remite a la total promesa.

Mas el hombre en épocas de acumulación tiende a ocultar el horizonte. Sería ello suficiente para delatar el atentado a la humana condición de la vía acumulativa de bienes, de propiedades, de posesión científica, incluida la adquisición de conocimientos y saberes. La avidez que se yergue desde la conciencia inerte, que se agazapa en su escondrijo, negándose a intervenir, servidora de lo que nombra «objetividad», «realidad» o «hechos» y aun «vida». Pues que la avidez unida a la inercia a todo se atreve.

Tendría que darse una destrucción operada por el horizonte mismo. Y para que sea así, tendrían que darse seres que se asimilaran al horizonte: Maestros, los de Filosofía imprescindiblemente y todos los que transmitan saber y arte: conocimiento. Ya que es imposible que algo merecedor de ser llamado conocimiento se dé sin referencia al horizonte que lo sostiene. Y aun sin disponerse a enseñar nada ni entregándose a ningún específico hacer. Hombres, seres vivientes, asimilados al horizonte, habría de haber. Ya que sólo se inicia el ser en verdad viviente desde el horizonte y con él.

Y por algo el más menudo pájaro, sin que necesite ser paloma, alza con su vuelo y con su modo de posarse, un horizonte, de visible libertad.

Para una escuela de Filosofía

Nadie entre aquí sin saber (...)

o entren aquí quienes quieran saber...

No parece posible que nadie vaya a estudiar filosofía sin saber algo de algo y de ella. En realidad, nadie va a estudiar filosofía sin estar ya en ella, rodeado por ella, casi poseído como por un amor que se ríe del amante sin dejarle ver al amado. Y así, se dispone a estudiar al fin, día tras día, los textos herméticos y venerados. Y al no entenderlos se le hacen irrenunciables, y a ellos se dedica arriesgando perder toda la vida sin llegar a filosofar y perderse de todas maneras, ya que la filosofía no sirve propiamente para nada. Ni siquiera es un saber. ¿Podrá decir alguna vez el postulante, considerándose ya filósofo: «yo sé filosofía»? «Conozco algo de su historia, he estudiado sus principales textos, he recorrido su camino a lo largo de los siglos hasta hacerlo circular por mi mente», podría decir a lo más. Y alguna vez, añadir: «hasta que los antes y los después de los formulados pensamientos se llamen unos a otros y formen una especie de danza que sigue otro tiempo diferente del sucesivo, como con la danza de verdad sucede». Eso sí podría algún día decirlo para callárselo en seguida. Y todo ello tras de mucho haber descreído de ella, renunciando a ella, y haberla en algunos instantes negado, sin dejar nunca de amarla. Un amor que ha atravesado la servidumbre, que ha aceptado aun la condena y que hace innecesaria la libertad —¿la llevará acaso en sí mismo?— y que olvida la muerte. ¿Aspira acaso a disolverla? El amor que nunca puede prescindir de la muerte, anhela unas veces disolverse en ella, otras unirse con la muerte en un abrazo único. Y hay este otro amor que olvida la muerte, que va hacia ella, cuando se acuerda, para hacerla simplemente aceptable y vivir como si no existiera. Mas el amor en su cumbre quiere hacerla transparente, lugar de cumplido conocimiento, ya desde ahora.

Busca este género de amor el compartirse, y el repartirse ya que se siente inagotable. Y sobre todo impropio: un amor desposeído del afán de propiedad que persigue, por el contrario, desposeerse. Y como, al fin, se trata de filosofar, se establece a sí mismo como universal y necesario. Y curiosamente no nacido, «La ciencia que se busca», perennemente joven por haber de rejuvenecerse, haciéndose, deshaciéndose, sin progreso acumulativo. Aunque llegue a formar un cuerpo, será el del joven, un cuerpo de la vida, prematuro siempre, anticipo de un cuerpo de mayor vida. Luego el adulto cree o se resigna a pensar que era un mayor cuerpo el que le aguardaba. Crece, ha crecido memorablemente la filosofía, ese saber que se busca, que se hizo cuerpo. Mas hasta ahora, siempre para abandonarlo y buscarse de nuevo en su vida propia, remitiéndose a un solo punto hasta darse en la nada. Hasta redescubrirse a sí misma, o más bien a ese amor en el abismo de la angustia, o en la nada. Lo que no es de extrañar en un amor que quiere desposeerse, y que nunca pudo soportar la máscara.

Pues que el amor se enmascara cuando oficia. O se ciega o ciega no dándose a ver. O se recoge como espantado en ese punto opaco de la visión en que el ciego habitante en todo ser vivo se delata. Y el amor de que hablamos quiere ser vidente, «el ojo con que el amante mira al objeto amado» según Plotino. Antes que la identificación del amante con lo amado, su visión. La visión que exige y mantiene una distancia en un medio propicio, en la transparencia que se crea por la conjunción de elementos de la mirada del que ama, del contenido amor que la dirige, de la manifestación de lo amado, que a su vez no se excede ni se niega. No hay el sí del común amor: no hay entrega. Todo ello ha pasado ya, toda divergencia ha sido trascendida.

Porque el amor que engendra filosofía para dejarla, que filosofa para olvidarlo, no se interpone a sí mismo. La sierpe de la vida que se interpone siempre le asiste como a su prenacimiento. Ya no acecha con su ansia de saber. Y así, el filósofo no se interpone a sí mismo, ni se ejemplifica. Cree con un candor a prueba de desmentidos, que «todos los hombres tienen por naturaleza deseo de saber», y de saber «desinteresado». El entre todos «el más inútil» y que es también entre todos «el que se busca», el que buscamos todos y que no sirve pues para nada. A no ser que sirva para algo que rara vez se dice, algo escondido en todos y en cada uno de los hombres y que sólo algunos se arriesgan a descubrir.

¿Y cómo un tan raro saber podrá transmitirse? Y más sabiendo que de un saber propiamente no se trata, y hoy menos que nunca. Los establecimientos de enseñanza oficiales lo rechazan ya o más peligrosamente aún, conservan el tradicional nombre que encubre otra cosa: saberes, sin duda, saberes que sirven para algo, saberes que no arrastran amor desinteresado, ese que no pide inmediata compensación. La asignatura titulada «Introducción a la filosofía» ponía al maestro de ella en una apenas soportable situación. Invitación a la filosofía, han dicho algunos filósofos. Conducir, meditaban otros. Mas, ¿hay algo que anteceda a la filosofía y que sea ella misma ya?, era la pregunta. Hay alguna «geometría» olvidada o no sabida. Entre algunos papeles olvidados, casi anónimos ya, «complementarios» quizás, se me han presentado estos apuntes de aquellos tiempos cuando todavía andaba enseñando en las aulas. Los transcribo.

Nadie entre aquí sin saber (.....). O (quizás) entren quienes quieran saber. Dejemos el blanco para la palabra justa que algún día tal vez se me dará.

Por ahora, algunas pruebas, sin que el postulante sepa claramente que lo son. Sin enunciado previo –Falacia de los exámenes:

1. Que si, sin solemnidad alguna, se le pregunta qué quiere del estudiar filosofía, no atine a contestar, que balbucee o que se calle y mejor aún, que enrojezca, que mire hacia la puerta, o que simplemente se quede pasmado.

2. Que se quede a menudo atónito como privado de la palabra. Y que se vaya lejos, solo, y que se quede así mirando el horizonte como sin poder despegarse del horizonte o de alguien allá.

3. Y que vuelva y entonces hable, como si todos hubieran visto lo que él.

4. Que no ocupe los asientos por gusto ni ande a encaramarse a un plano superior para desde allí hablar. Y que no emprenda un razonamiento para concluir que tiene toda la razón, o mucha razón. Y luego:

I. Que sepa y sea dado a escuchar y a contestar acorde, un poco en retraso, uniendo y separando el transcurrir del tiempo en forma diferente de la habitual.

II. Que salga con bien de la prueba de medir el correr del tiempo, diferenciando fracciones de minuto, e igualmente intervalos entre grupos temporales ocupados por un acontecimiento. Calcular, pues, el tiempo en función de un inmediato sentir su curso. Que el sentir el tiempo y el medirlo no sean dos actos diferentes. Que viva en un tiempo que se abra y se cierre con medida. Hijo del fuego de Heráclito que se enciende y se apaga con medida.

III. Que se eche hacia atrás, o al menos la cabeza, cuando se trate de ver algo dentro del horizonte terrestre, en sentido horizontal pues. No importa, aunque parezca un movimiento ingenuo, el avanzar hacia un astro para verle mejor.

IV. Que no permanezca indiferente ante el sufrimiento de ningún ser animado y que haya recibido alguna vez la mirada de una vaca, de un asno, de un perro, de un gato. Y la de algún pájaro.

V. Que sienta la ausencia sin saber bien de qué y crea haber perdido algo. Y que no se apresure a identificar lo perdido y lo que le falta o le fue negado.

VI. Que deambule quedándose detenido en algún lugar porque sí, sin aparente finalidad, mirando, escuchando también algún rumor leve, algún susurro.

VII. Que atraviese con ligereza una habitación clara pasando entre objetos de cristal blancos, diáfanos, sin hacerlos apenas vibrar.

VIII. Que se detenga a solas al borde de una hondonada, o suba a lugares altos y arriesgados y se quede mirando hacia abajo impávidamente. Y si le ha llegado el caso de extraviarse en lugar desconocido y aun peligroso, que tenga poco de ello que contar.

IX. Que se comprenda que cuando mira el fondo de la hondonada, o simplemente lo que yace abajo, se le vaya haciendo una cierta claridad. Que encuentre también la claridad mirando a lo de abajo, tal como si capaz fuera de seguir mirando hacia abajo y no sólo hacia lo alto –aunque sin dejar de hacerlo– y llegar hasta lo más oculto que si no se le hace claro, al menos se le manifiesta, en cuanto tal, en su pura resistencia. Y

X. Que en algún instante deje partir la mirada como si fuera a abrazar todas las cosas en libertad.



Marta Negre. *Lisboa (24 de novembre)*, 2010